

Movernos a través de la promesa

Florencia Bottazzi (Nacional - Amateur)

Hago promesas desde muy chica aunque nunca sentí la presión por cumplirlas. Puedo modificarlas, adaptarlas pero no renunciar a ellas. Cuando me quedaba a dormir en la casa de mi tía, ella cantaba una canción que era en realidad un juego. Hablaba de una familia con muchos hermanos, parecida a la mía, y preguntaba a cada uno, del más grande al más chico, qué quería ser cuando sea grande. Cuando llegaba mi turno, siempre respondía que sería gimnasta. Recuerdo el momento de la espera con entusiasmo. Sabía que llegaría la noche y que con mi voz finita haría el esfuerzo por decir de forma cantada algo que deseaba. El mundo de mi tía y el mío eran distantes. Ella profesora de matemáticas, meticulosa y de buenos modales, yo inquieta, verborrágica y ágil para hacer piruetas. Sin embargo nos encontrábamos en la complicidad de la promesa, de noche, entre pijamas, veladores tenues, al calor de una ceremonia íntima. Los cuentos sin finales son también una especie de promesa. Mi papá me los contaba cuando llegaba tarde del trabajo, se acostaba al lado mío y decía: “te cuento te cuento...” y ahí se abría la saga de posibilidades. Elegíamos uno pero antes de terminarlo decidía mejor contarme otro más y otro más y otro más. Nunca entendí si era porque se olvidaba los finales o porque prefería que yo los imaginara. Cuando crecí no me convertí en gimnasta ni fui a reclamar los finales nunca contados por mi papá, pero pude conservar el ejercicio de hacer promesas y tramar historias sin la certeza de los desenlaces. Un viaje, fundar una biblioteca, armar un partido, un sindicato, una banda de música, querernos. Muchas ideas fueron proyectos. Otras fueron fantasías, y otras, intentos fallidos. La vigilia de los afectos sobre esas promesas me recordó cada vez quién era. Olvidar casi todo menos eso que me había prometido. Aunque después la realidad impone sus condiciones la promesa nos mantiene a salvo siendo parte de un cuento más amplio, uno con final desconocido. Audre Lorde dice que *si desdeñamos lo que necesitamos para soñar, para mover nuestro espíritu profundamente, a través de la promesa y hacia ella, si lo consideramos un lujo, estamos renunciando a la esencia, a los fundamentos de nuestro poder*. Movernos a través de la promesa puede ser una forma de existir. La democracia se parece a esos cuentos que no predicen un final pero nos da la certeza de que nuestra voz y nuestra imaginación importan. La infancia es el primer territorio donde el ejercicio democrático de acompañar lo que crece tiene la potencia de darle valor a la vida. Cuando le preguntaron a Margaret Mead cuál consideraba que fue el primer signo de civilización en la humanidad ella dijo que fue el hallazgo de un fémur de alguien que se fracturó y luego apareció sanado. El gesto del cuidado y la promesa de que vamos a sanarnos, eso para mí es la democracia.